

## Revista de libros

Patricia CAÑIZARES FERRIZ, *Traducción y reescritura. Las versiones del ciclo Siete sabios de Roma y sus traducciones castellanas*, Valencia, Institutió Alfons el Magnànim, 2011, 571 pp.

El 26 de septiembre de 2003 tuve la fortuna de formar parte de la comisión que juzgó la tesis doctoral, dirigida por la Dra. M<sup>a</sup> José Muñoz Jiménez, *Las versiones latinas del ciclo "Siete sabios de Roma" y sus traducciones castellanas. Edición y estudio*. La autora consiguió, además, el Premio Extraordinario de Doctorado por una tesis realmente excelente. Ahora, vuelvo a disfrutar con la lectura de este libro, reelaboración de dicha tesis doctoral, que incluye la correspondiente actualización bibliográfica y que, fruto de la experiencia investigadora acumulada por la Prof<sup>a</sup> Cañizares a lo largo de estos años en el ámbito de la transmisión de los textos y la práctica de la traducción en la Edad Media, centra su atención en cuestiones relacionadas con la historia de la recepción de los textos editados, con importantes aportaciones que mejoran sensiblemente el documento que sirve de base.

Procedente del oriental *Sendebār*, esta colección de relatos llegó al Occidente europeo en el siglo XII con el nombre de *Siete sabios de Roma* y fue reescrita sucesivas veces, apareciendo en las primeras décadas del siglo XIV dos versiones latinas diferentes. Las huellas orientales quedaron impresas en la estructura de la colección, que sigue la técnica del 'relato enmarcado', como, por ejemplo, *Las mil y una noches*. De las más de veinte redacciones del ciclo de los *Siete sabios de Roma*, la autora se centra en dos versiones que nacieron al abrigo de la forma medieval del *exemplum* edificante: «los predicadores de finales del Medievo supieron ver la capacidad que estas historias podían tener para evangelizar a sus fieles, de ahí que no dudaron en integrarlas a su prédica o en incluirlas en colecciones de *exempla* para uso de toda la comunidad» (p.12). Es el caso del dominico Juan Gobi el Joven, que a principios del siglo XIV incorpora el relato de los *Siete sabios de Roma* a su colección *Scala coeli*, para así ejemplificar la maldad de las mujeres. Por las mismas fechas aparece otra versión anónima, y bastante más larga, la *Historia septem sapientum Romae*, vinculada con la colección de *exempla* conocida como *Gesta Romanorum*. En el siglo siguiente, ambas versiones serían recuperadas por las literaturas nacionales, entre ellas la literatura castellana. En nuestro territorio confluyeron a finales del siglo XV tres versiones castellanas diferentes del ciclo, con la peculiaridad de que una de ellas pertenecía a la rama oriental. Esta versión, *Sendebār* o *Libro de los engaños*, era una traducción del árabe realizada dos siglos atrás en el marco de los talleres alfonsíes, aunque el único manuscrito conservado es del Cuatrocientos. Por su parte, en la segunda mitad del siglo XV, Diego de Cañizares traduce el relato de Juan Gobi, traducción que se nos ha transmitido en un único códice (ms. 6052 de la Biblioteca Nacional de Madrid), a la que se añade, por último, la versión anónima de la *Historia septem sapientum Romae*, titulada *Libro de los siete sabios de Roma*, que contó con mejor fortuna y se difundió en forma impresa ininterrumpidamente durante todo el siglo XVI y hasta entrado el XIX. Si bien es verdad que las dos traducciones castellanas de los textos latinos habían sido ya estudiadas y editadas a lo largo de los dos últimos siglos, no es menos cierto que la Prof<sup>a</sup> Cañizares se acerca a los textos desde una perspectiva nueva. Así,

una vez recorrido el camino que siguieron las versiones latinas hasta sus traducciones castellanas, aborda el estudio desde un planteamiento histórico, «en la idea de que el hecho literario no es nunca un fenómeno aislado e inconexo, y en consecuencia la historia de cualquier texto es siempre la historia de sus recepciones, de sus sucesivas lecturas» (p.16). Basta para comprobar la importancia del planteamiento el hecho de que el viejo relato adoptó distintas formas, diferentes ropajes genéricos afines a cada sistema literario de recepción: se leyó como *exemplum* edificante, como relato moralizante, como *novella* o como narración caballeresca breve. Del mismo modo, también los criterios de edición se adaptan a este que la autora califica como «planteamiento dinámico del hecho literario» y ofrece los textos castellanos como lo que realmente son, esto es, traducciones, razón por la cual se acompañan de los textos latinos originales que les sirvieron de modelo, ofreciéndose así una visión integral de estos textos que forman parte de nuestra historia literaria, eso sí, tras haber nacido como traducciones (no olvidemos que buena parte de las literaturas nacionales tienen un origen directamente vinculado con la traducción; pensemos en la propia literatura latina y la traducción de la *Odisea* a cargo de Livio Andronico en el 240 a.C.). Los textos latinos editados no son, pues, los originales debidos a sus primeros redactores, sino los originales utilizados para la traducción. Estos ‘originales de las traducciones’ se han reconstruido tomando como base los testimonios latinos que se han revelado más cercanos a cada traducción.

Hemos de recordar, siquiera brevemente, que el propio concepto de traducción se muestra en esta época aún algo impreciso y con unos límites difusos. No hay, en realidad, a lo largo de la Edad Media conciencia de la distancia existente entre traducir y glosar, ni entre traducir y reelaborar poéticamente. En ese momento el ejercicio de la traducción apenas pasaba de ser la más elemental intermediación lingüística para facilitar distintas transacciones comerciales, acuerdos políticos, diplomáticos, y poco más. Ayudó a la toma de conciencia acerca de las diferencias entre los pueblos la presencia de los pueblos germánicos, eslavos y árabes, del mismo modo que el nacimiento de los vulgares romances fue desarrollando un nuevo modo de acercamiento a los textos latinos, en una evolución que se inicia en el siglo XIII para culminar a finales del siglo XV, esto es, la época en la que se traducen los textos que ahora nos ocupan.

El objetivo que la autora se propone es doble: por un lado, analizar el largo camino genérico y textual que realizaron las dos versiones latinas hasta sus resultados castellanos, para poder demostrar la relación que guarda este devenir con las formas en que se recibieron, reescribieron y tradujeron cada una de las versiones, y, por otro lado, partiendo del convencimiento de que el estudio de los textos traducidos sólo se puede realizar a la luz de sus originales, presentar, por vez primera, la edición de las traducciones enfrentada a la de sus modelos latinos.

El profundo estudio que precede a la edición se estructura en cinco grandes bloques. En el primero de ellos, «*Los Siete sabios de Roma* en el Occidente medieval europeo» (pp.21-34), se atiende al origen del ciclo hasta la llegada a las versiones latinas y sus traducciones, recorrido que se presenta en un magnífico esquema (p.25) que ofrece con toda claridad el devenir y relaciones de las distintas redacciones y que

se completa con una detallada explicación de cada una de las ‘familias’. A continuación, tras esbozar el panorama de las versiones europeas del ciclo, la atención se centra en «El horizonte genérico del relato» (pp.35-75), que estudia la narrativa breve medieval, con particular atención al *exemplum*, molde genérico en el que se inscriben las dos versiones en configuración latina, con un acercamiento al modelo del *exemplum* homilético y al paso de la oralidad a la escritura y la aparición de las colecciones de *exempla*. Tras ello, la autora reflexiona acerca de la adecuación a este género del relato de los *Siete sabios de Roma*, en cuanto *exemplum* homilético, reflexiones que ayudan a entender las particularidades que trasluce la historia de la transmisión de las versiones latinas estudiadas. En el tercer capítulo, «Las versiones latinas» (pp.77-126), se aborda la génesis y transmisión textual de la *Historia de septem sapientibus* de la *Scala coeli* de Juan Gobi, haciendo un repaso por la figura del autor y la redacción de la obra, durante la estancia de Gobi como lector en el convento de San Maximino. Se estudia después la *Historia septem sapientum Romae* con sus peculiaridades respecto a la versión de Gobi, pero con la que coincide en el tiempo –primera mitad del siglo XIV–. Además de acercarnos a su original francés en prosa, la autora repasa su transmisión junto con los *Gesta Romanorum*, así como su compleja tradición manuscrita e impresa, especialmente interesante para el estudio, con especial atención a la tradición incunable, ya que de ella depende la traducción castellana. Conocida la génesis y la historia de la transmisión de las versiones latinas, se hace lo propio con las traducciones castellanas en el capítulo cuarto, «Las versiones castellanas» (pp.127-203), que comienza presentando un panorama teórico sobre la recepción y difusión del *exemplum* homilético en suelo hispánico. En la segunda mitad del siglo XV se dan las condiciones idóneas para que esos textos, concebidos en origen para la predicación, se amoldaran al nuevo horizonte literario y alcanzaran una considerable difusión escrita, sin duda ayudada por la imprenta. Llegamos así a la traducción de Diego Cañizares y al estudio de su transmisión. Tras presentarse la figura del traductor y el marco genérico contextual de su obra, esto es, la tradición sentimental, se aborda la importante cuestión del paso del *exemplum* a la *novella*, lo que la autora denomina «traducción y reescritura», pasándose revista a las distintas técnicas de *amplificatio* utilizadas por Cañizares. El texto castellano sufre una reorientación genérica gracias, precisamente, a las numerosas ampliaciones y paráfrasis a las que Cañizares somete el original latino. Sin duda, el hecho de estar circunscrita a un ámbito culto cortesano y haber sido difundida de forma manuscrita influyeron en su escasa difusión. De modo similar se aborda, a continuación, el estudio del *Libro de los siete sabios de Roma*. En este caso la situación es bien diferente, pues, frente a la poca trascendencia de la traducción del texto de Gobi, esta otra versión, concebida para su difusión impresa, alcanzó un notable éxito. La autora estudia la transmisión de la traducción desde las primeras ediciones del siglo XVI hasta las de los siglos XVII-XIX. Esto le da pie para acercarnos al marco editorial de la obra y a una nueva forma de «traducción y reescritura»: el paso del *exemplum* a narración caballeresca breve, con un detenido análisis del tratamiento textual. Una vez conocidos los parámetros literarios dentro de los cuales nacen las versiones latinas y castellanas, y estudiadas sus tradiciones y contextos de difusión, en «Las versiones

castellanas y sus originales latinos» (pp.205-274) la autora estudia y justifica la filiación que guarda cada una de las dos traducciones con sus modelos latinos, comenzando con la de Diego de Cañizares. Por su parte, el estudio del *Libro de los siete sabios de Roma* empieza con la conexión genealógica de las distintas ediciones, en un magnífico estudio de crítica textual que nos conduce de manera indubitable hasta el modelo latino utilizado para la traducción. Tanto en uno como en otro caso, la autora se detiene en las divergencias entre el original y la traducción, pasando revista a los que pueden ser cambios intencionados del traductor, posibles errores de traducción y divergencias debidas al estado de la copia latina original y/o a la transmisión castellana, aparte de apuntar otras divergencias para las que no es posible conjeturar una causa, esto es, se analizan las características de cada traducción a la luz de sus originales latinos, describiendo los procedimientos mediante los cuales los traductores han resuelto sus versiones. Esta parte se cierra con una completísima y actualizada «Bibliografía» (pp.275-294).

Tras el completo estudio se presentan, con sus correspondientes aparatos críticos, los textos latinos y castellanos, cuyos criterios de edición quedan perfectamente explicitados. «La *novella* de Diego de Cañizares y su original latino» (pp.297-355) intenta ofrecer el original latino 'ideal' de la traducción castellana, reconstruido a partir de los manuscritos que han demostrado ser más cercanos a la copia que el traductor tuvo entre manos: los de Dublín y Burgo de Osma. Como ninguna de estas dos copias fue la original, la autora ha tenido en cuenta para el establecimiento, por un lado, la traducción de Cañizares y, por otro, las variantes existentes en los manuscritos colacionados (ha usado seis testimonios latinos). Teniendo en cuenta que sólo dos testimonios pertenecen a la misma familia que el modelo perdido de la traducción, ha optado por tomar en consideración también los testimonios más representativos de la tradición del relato de la *Scala coeli*, para ofrecer además de la reconstrucción del original subyacente un abanico que ilustre los diferentes estadios de transmisión del relato. Para la traducción se ha utilizado el único testimonio existente: ms. 6052 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

En la edición de «El *Libro de los siete sabios de Roma* y su original latino» (pp.357-571) la autora ha contado con las siete ediciones impresas del XVI del texto castellano. La reconstrucción del original latino ha seguido las lecturas de los incunables que pertenecen a la misma familia del que utilizó el traductor, pero, dado que ninguna de esas ediciones fue la original del traductor, ha modificado el texto teniendo presente la traducción castellana y, en segundo lugar, las variantes existentes en el resto de incunables conservados de la *Historia septem sapientum Romae*. Del texto latino se manejan un total de ocho testimonios.

Nos congratulamos por la publicación de este libro que pone en manos del lector, en pulcrísima edición y por primera vez, las traducciones castellanas y sus originales latinos de las versiones del ciclo *Siete sabios de Roma*. De algún modo ha de entenderse el siglo XV como el momento en que el castellano se afianza de manera inequívoca como lengua de cultura y no solamente de uso, proceso que se extenderá bastante en el tiempo y que coincidirá con la llegada de la imprenta, hacia 1470, que potenciará la difusión y producción de libros, hecho éste que incidirá sobre las obras

originales, evidentemente, pero también, como es obvio, sobre las traducciones. El tratamiento que la autora aplica a su excelente estudio nos pone, además, ante una de las cuestiones fundamentales en los estudios de traducción: la consideración de la traducción como original en la cultura de llegada y su inclusión en el correspondiente polisistema literario.

Antonio LÓPEZ FONSECA  
Universidad Complutense de Madrid

Bartolomeo FONZIO, *Poesías latinas*. Estudio, edición, introducción y notas de Virginia Bonmatí Sánchez, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2012, 250 pp.

Todavía recuerdo, igual que si fuera ayer, la primera vez que llegué a Florencia, durante una feliz primavera de los años 80, a finales del pasado siglo XX. Los jóvenes que realizábamos aquel viaje iniciático tuvimos la inmerecida suerte de ir acompañados por un guía excepcional, nada menos que un estudioso de la filosofía. Nada más vislumbrar Florencia a lo lejos, nuestro experto cicerone nos dijo que sin Florencia, Platón y el Neoplatonismo hoy no seríamos quienes somos. Recuerdo la emoción de sus palacios, de las calles estrechas y medievales donde tuve por primera vez ocasión de probar la lasaña, y no me olvidaré de haber admirado las iglesias más hermosas que jamás había visto en mi vida. Aquel viaje duró para siempre y, en efecto, ya no volví a ser el mismo. Años después, cuando se inauguró el Museo Thyssen en Madrid, tuve la ocasión de revivir aquellas sensaciones ante el hermoso cuadro de Giovanna Tornabuoni, eternizada a finales del siglo XV por el inconfundible pintor Domenico Ghirlandaio. A la altura de su «hermoso cuello blanco, enhiesto» (¡oh, Garcilaso!) figura un dístico latino no menos inmortal: *ARS VITINAM MORES ANIMVMQVE EFFINGERE POSSES, PVLCHROR IN TERRIS NVLLA TABELLA FORET*. Esta pequeña composición proviene del poeta Marcial, pero en este contexto adquiere una nueva significación, puramente neoplatónica: «Ojalá, Arte, pudieras plasmar sus costumbres y su carácter, que no habría entonces sobre la tierra tablilla más hermosa». Este mundo lejano, tan apto para el relato vívido de la Historia narrada por el francés Jules Michelet, es el que Virginia Bonmatí lleva estudiando durante buena parte de su vida académica, con frecuentes viajes a las propias bibliotecas florentinas, como la Ricardiana o la Laurenciana. La Academia Platónica de Marsilio Ficino se presenta, en primer lugar, como el pórtico por el que debe accederse de manera necesaria para entender la poesía de nuestro poeta protagonista, Bartolomeo Fonzio (1446-1513). Aunque Fonzio sea un poeta restringido a los selectos círculos de los amantes de la poesía neolatina, quizá uno de sus hermosos dísticos (a la manera de los poetas elegíacos, como Tibulo) pueda acercarnos mejor que nada a su mundo poético. En la Biblioteca Ricardiana se conserva precisamente un autógrafo de Fonzio donde aparece este dístico elegíaco dedicado sin duda a la mismísima Laura de Avignon, a quien Petrarca había cantado mucho tiempo antes en lengua vulgar: